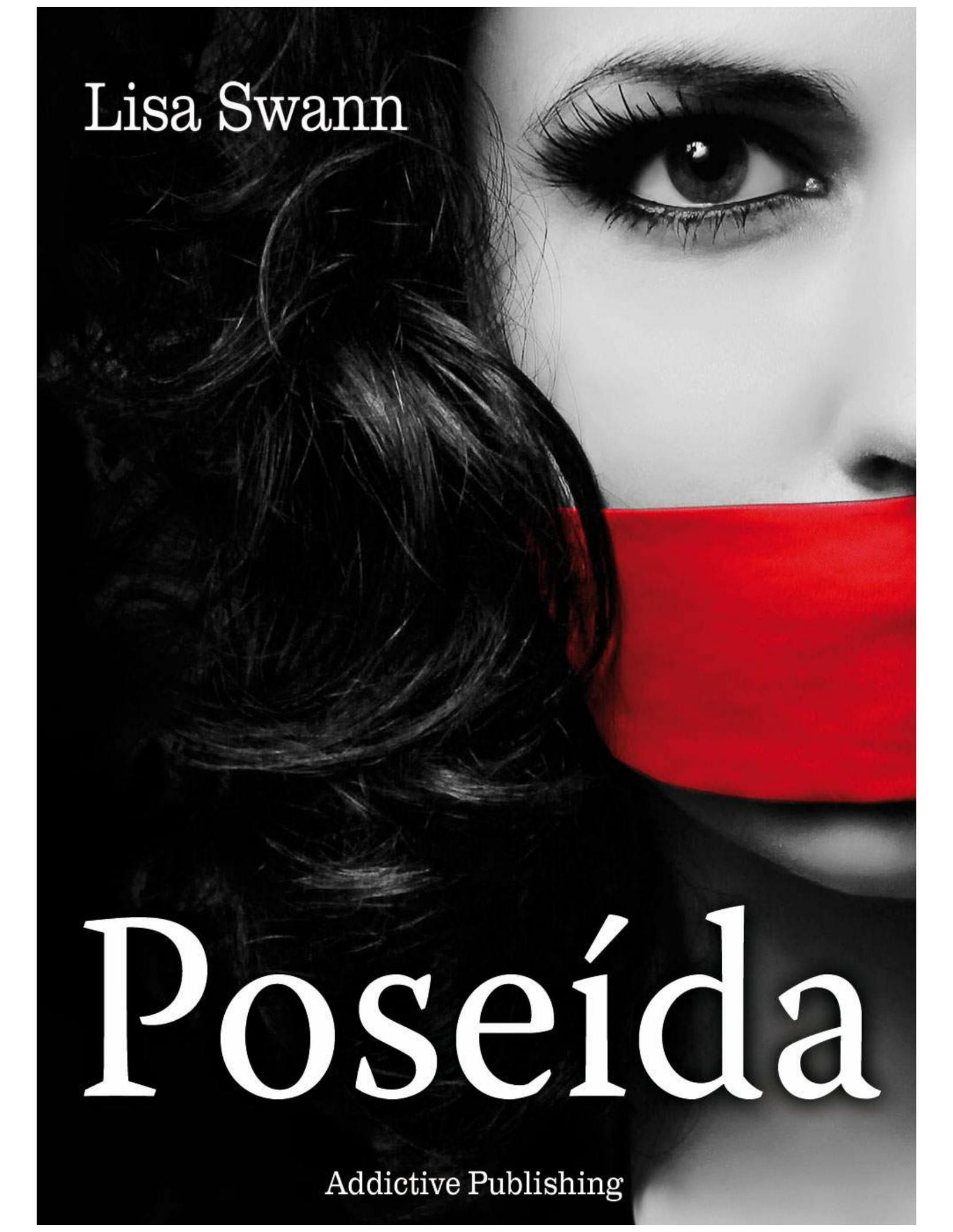


Lisa Swann

Poseída

Addictive Publishing



Lisa Swann

Poseída

Addictive Publishing

POSEÍDA

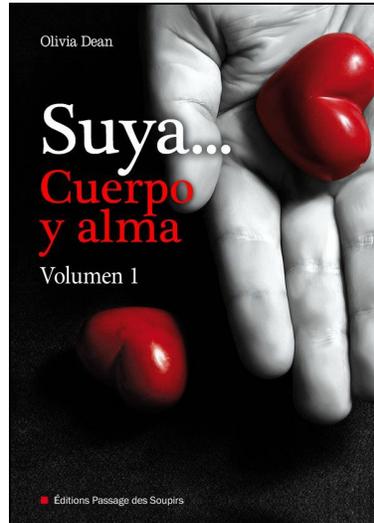
Volumen 1

En la biblioteca:

Suya, cuerpo y alma - Volumen 1

"Suya, cuerpo y alma es sin duda la mejor novela erótica publicada desde Cincuenta sombras de Grey."

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



1.Una chica normal

Hacía calor. Mucho calor. Entre mis pechos brotaban perlas de sudor, creando un fino reguero de cálido líquido que se deslizaba hasta alcanzar mi vientre. Mi vestido parecía flotar gracias a las leves sacudidas del sofocante viento alisio, que elevaba la ligera tela y acariciaba mi piel. Pero el calor, lejos de refrescarme, incendiaba todo mi cuerpo. Una mano completamente cubierta por un guante de cuero negro ascendió por mi muslo, acercándose a mi entrepierna. Separé las piernas sin pudor para dejarle el paso libre. El cuero crujía sobre mi piel, su contacto podría haberme resultado extraño: al fin y al cabo, era un material frío, muy poco apropiado dadas las circunstancias. Pero no. Un dedo enguantado avanzó explorándome, separó mis labios y se introdujo en mí brusca y repentinamente, sacándome un grito ronco desde lo más profundo de mi garganta. Sin comprender cómo, la misma mano estaba solo un instante después en mi boca, mientras unos labios carnosos mordisqueaban mis pezones endurecidos. Lentamente, el fuego que me consumía el vientre volvió a subir y me abrasó todos los poros de la piel. Los escalofríos recorrían mi cuerpo, a pesar del calor a mi alrededor. Bajé la cabeza, pero solo alcancé a ver el tupido pelo del hombre con los guantes de cuero. Se puso en pie, se inclinó hacia atrás y por fin pude estudiar su musculoso físico... y la imponente erección que deformaba su ajustado calzoncillo —curioso atuendo, pensé—. Una sonrisa lasciva se dibujó en su rostro, medio oculto por una máscara negra. Me deslicé, con los pechos al aire, a lo largo de su torso lampiño, mordiendo y lamiendo cada centímetro de piel, a la búsqueda de su miembro turgente, objeto de todos mis deseos. No tuve ningún problema en sacar a la bestia de su jaula de tela, recorriéndola de arriba abajo con una mano y lamiendo el prepucio a la vez. Me atreví a levantar la cabeza un segundo para observar el resultado de mi obra y la expresión complaciente de los labios carnosos me transmitió confianza. Usando toda mi boca ahora, deslizaba mi lengua a lo largo del glande, subiendo y bajando. Los gemidos de mi amante acompañaban mis progresos y me excitaban aún más. Lo sentí tensarse y esperaba su semilla como si se tratara de una ofrenda cuando sonó un timbre estridente.

El teléfono.

Me desperté sobresaltada. Desorientada. A medio camino entre el pavor y el goce más intenso, parpadeé, aliviada y decepcionada al mismo tiempo al reconocer el viejo papel de flores de mi habitación adoptiva, mi refugio durante casi cuatro años. Al otro lado de la pared, mi tía enviaba a freír espárragos a su interlocutor. ¡No hay derecho a que molesten a la gente tan temprano! Mi despertador marcaba las 7:00. ¡Ay, Dios! Tenía clase en una hora. No había tiempo para pensar en ese sueño (¿o pesadilla?). ¿Qué me estaba pasando? ¿Cuero? ¿Un hombre enmascarado? ¿Sexo? ¿Yo, que nunca había experimentado otra cosa que no fuera un tranquilo misionero con los novios con los que había compartido cama? Aunque, de hecho, eso nunca me había supuesto un problema. No es que no me hubiera gustado, pero se podría decir que nunca había vibrado realmente. Sexo, sexo... Todo el mundo exageraba. No era para tanto. Además, yo tenía ocupaciones y preocupaciones más... intelectuales, digamos. Y yo me había enamorado de mis novios. ¿Pero y qué? El amor y el

placer físico no tenían mucho que ver, pensaba mientras negaba con la cabeza. Debía haber bebido demasiado vino blanco la noche anterior, desde luego eso explicaría esa noche inquieta. Cuando me levanté, pude sin embargo constatar que el sueño había producido un efecto... especialmente húmedo en mis pantalones de pijama. Me sonrojé, como pillada infraganti en el delito del placer prohibido. Me metí corriendo en la ducha para evitar volver a pensar en ese hombre enmascarado... negaba de nuevo con la cabeza... ¿De dónde salía esa polla enorme que devoraba en sueños? ¡Yo, que no había hecho una felación en toda mi vida!

Eran ya las 8 en punto cuando me senté al lado de mi amiga Jess en la última fila del aula.

—¡Bueno, por poco no llegas! ¿Volviste bien a casa ayer? —me preguntó sin levantar la cabeza, ocupada en copiar apuntes de la última clase.

Escribió con decisión el punto final, satisfecha, y levantó la cabeza, sonriendo. Estaba perfectamente maquillada y su manicura era impecable. Se giró hacia mí y, frunciendo el ceño, exclamó:

—¡Parece que tampoco va a ser hoy el día en que te den un premio de moda!

Mis vaqueros deshilachados, mi camiseta descolorida y mi jersey (de lana virgen, dicho sea de paso) no estaban a la moda, pero a mí me encantaba llevar ropa cómoda. Y, además, iba en bici, ¡no podía llevar minifalda y tacones altos!

Jess debió leerme la mente, porque replicó:

—¡Y no me vuelvas a dar la excusa de la bici! ¡Podrías coger el metro, como todo el mundo! Es una pena. Si te esforzaras un poquito, estarías fantástica. Mira al moreno guapo de ahí, podrías conseguirlo con solo chasquear los dedos... ¡si no estuvieras tan mal vestida y peinada!

Era cierto. Estaba tan alterada por mi sueño que apenas me había peinado. Mi melena roja debía estar aún más enmarañada que de costumbre.

Físicamente, Jess era lo opuesto a mí. Siempre deslumbrante y de punta en blanco (incluso mientras hacía deporte), tenía una clase natural de la que sabía sacar ventaja admirablemente: maquillaje, peinado, ropa... todo estaba cuidadosamente estudiado y seleccionado. Tenía los pechos bonitos, el culo redondo y unos muslos firmes que le encantaba lucir. Su cabello rubio, siempre perfectamente liso, le daba un aire angelical, aunque su mirada chispeante mandaba mensajes muy diferentes a los de un ángel... No, sin duda, no había nada que no resultara atractivo de Jess. Y las miradas que le echaban todos los chicos cuando iba por los pasillos de la facultad confirmaban lo que yo ya sabía: que tenía un sex-appeal palpable. Un buen físico y una cabeza bien amueblada. Tras terminar el bachiller con notas brillantes en los Estados Unidos, su país de origen, había decidido venir a Francia para estudiar derecho, dejando a toda su familia y amigos al otro lado del Atlántico.

—¡No pude resistirme a París, adoro esta ciudad! Y los chicos de aquí, um, ¡están buenísimos! —repetía ella en un francés sin ningún acento que sorprendía a todo el mundo.

Me hubiera encantado poder tomar un café con Jess después de la clase. No le habría descrito mi sueño en detalle, para nada, ni siquiera le habría dicho que ese sueño era mío, pero la habría sondeado para saber si alguna vez había vivido alguna experiencia similar. Jess tenía una experiencia en materia de sexo, pero sobre todo en erotismo, que sobrepasaba con creces la mía. A pesar de la clase de derecho de sociedades a la que acababa de asistir, seguía pensando en mi sueño, tan extrañamente sensual. ¿Qué significaba? ¿Estaba falta de sexo? ¿Tenía fantasías ocultas que ignoraba? ¿Quizás solo tenía ganas de acurrucarme en unos brazos? ¡No! Jess no le habría encontrado ningún romanticismo a este sueño. Ella quizás habría ido corriendo a comprarme un consolador (*accesorio indispensable de toda mujer mínimamente preocupada por su placer*) si hubiera sabido que había sido mi mente la que había creado a ese amante con un miembro erecto.

Por el momento, tendría que seguir con todas mis dudas y preguntas. Tenía que darme prisa, me esperaban en el bufete. Tres días por semana, hacía prácticas en uno de los mayores bufetes de abogados de París. Había conseguido el puesto gracias a los contactos de mi tía, que sin duda era mi hada madrina. No había tenido hijos y volcaba en mí todo su cariño maternal. Mi padre, notario de provincias, un hombre a la vieja usanza, no se podía ni imaginar que su hermana me daba mucho más que alojamiento y comida. Recogí rápidamente mis apuntes, los metí en una carpeta de cartón y le di un beso en la mejilla a Jess, que en seguida había adoptado nuestra tradición de saludarnos y despedirnos con besos.

—¡Salvada por la campana! —dije con mi voz más dulce, en cuanto terminó la clase—. ¡Voy a llegar tarde!

—¡Por Dios, péinate! —respondió Jess, lo suficientemente alto para que toda la última fila se diera la vuelta.

Salí del aula roja como un tomate —no había nada que odiara más que llamar la atención— y corrí a coger la bici. El bufete estaba a dos barrios de la facultad, no había tiempo que perder. Me puse el bolso en bandolera y cabalgué sobre mi montura de dos ruedas. Me encantaba moverme por las calles de París en bici. Me daba una sensación de libertad, por mucho que le pesara a Jess, con sus tacones altos. Aceleré el ritmo, consciente de que hiciera lo que hiciera, ese día iba a llegar tarde. Como todos los días, había que reconocerlo. En cuanto me bajé de la bici, jadeante, la dejé en el portabicicletas, comprobé la hora rápidamente y entré corriendo al impresionante edificio haussmaniano del barrio alto. En el lujoso vestíbulo estuve a punto, como casi todos los días, de empujar a la señora Lepic y a su horroroso chihuahua, ridículamente vestido con un abrigo plateado y rosa (¡así que era hembra!). Me disculpé mientras me dirigía a la escalera (no había tiempo de esperar al ascensor, lento como un caracol) y subí a toda velocidad los escalones que me separaban del segundo piso y de la imponente placa dorada con el nombre del bufete, Foch Inversiones. Nada más atravesar la pesada puerta de entrada, el señor Henri Dufresne, dueño del lugar, apareció de repente a mi lado:

—Ah, Élisabeth, querida, su informe sobre las posibilidades del mercado asiático estaba bien documentado y era bastante completo. Mejorable, por supuesto, pero bien hecho. Tiene usted futuro, querida. Pero, se lo suplico, ¡cuide su aspecto! No llegará a nada con esas pintas. No olvide que mañana recibiremos a Sacha Goodman. Póngase falda y tacones. No quiero que él piense que mis

colaboradoras son descuidadas. Ah, y además, Arnaud quiere verla.

Colaboradora, colaboradora... Me sentí halagada, pero no olvidaba que el señor Dufresne no me había hecho aún ninguna propuesta concreta y que faltaba poco para que acabara el curso. Estábamos en abril y ya hacía un año y medio que repartía mi tiempo entre la facultad y este bufete... a cambio de un sueldo de becaria. Tenía esperanzas en que mis esfuerzos acabaran por dar resultado y me consiguieran un puesto de trabajo en Foch Inversiones –una vez hubiera acabado mi máster, evidentemente.

Absorta en mis pensamientos, me dirigía a paso lento hacia el despacho de Arnaud Dufresne, un ejemplo de hijo de papá en todo su esplendor. ¿Aún estaría interesado en mí? Después de entrar en el bufete, había intentado ligar conmigo. ¡Podía haber sucumbido! ¿Quizás ya me había preparado una propuesta concreta? “¡Ascenso-sofá!” Pero no, yo no sucumbiría. Sin duda, Arnaud Dufresne encarnaba todo lo que yo detestaba en un hombre. Era arrogante y se creía divertido a pesar de que, a menudo, rozaba lo grosero (*es la trivialidad social*, repetía él con una sonrisa repleta de indirectas). Era una cáscara vacía, un enchufado que jamás habría conseguido nada si su papá no hubiera enviado un buen cheque (de “patrocinio”) al director del colegio privado para hijos de buena familia al que había ido, en uno de los barrios más exclusivos de la capital. Además, los hijos de buena familia hacían alarde de sus conquistas femeninas, que contaban a bombo y platillo con todo lujo de detalles. Qué asco. A pesar de que mi familia era más bien acomodada (nada que ver, no obstante, con los Dufresne), mis padres jamás habrían querido, en absoluto, que su dinero o su posición social fuera el único recurso para que yo me abriera puertas, y mucho menos para que llevara una vida de excesos. Me habían inculcado valores: estar orgullosa de mí misma, trabajar para obtener lo que quería, respetarme y respetar a los demás. De acuerdo, quizás sonara anticuado en nuestra época. Y, después de todo, Arnaud no era más que un joven de los barrios altos, como había otros cientos. Ni siquiera era mal tipo, en el fondo. Pero aunque apreciaba a Dufresne padre, un hombre muy culto que había triunfado sin ayuda, su hijo me provocaba náuseas. Afortunadamente, no hubo indirectas ni burdas artimañas, solo quería detalles sobre un expediente. No me sorprendía en absoluto que quisiera impresionar al gran magnate americano. Trabajé en muchísimos expedientes aquella tarde, incluso acabé por olvidar mi sueño erótico. Hay que decir que el bufete estaba en plena efervescencia: la posible asociación con el gran bufete americano Goodman & Brown y la visita del mismísimo señor Goodman tenía a todo el mundo revolucionado.

Si bien Foch Inversiones se había convertido en uno de los bufetes de referencia en París, esta asociación aportaría una importante dimensión internacional a la empresa. A partir del día siguiente, podría comprobar en persona cómo era el tal Goodman. Quizás yo misma podría hacer también carrera en el extranjero, después de todo, ¿por qué no? Pero, por el momento, debía regresar a casa. Tenía mucho que estudiar ese fin de semana.

Al llegar al rellano, oí notas de Tchaikovsky a través de la puerta. No me hacía falta buscar las llaves, ¡Maddie estaba allí! Mi tía Maddie (Madeleine según el registro civil) había sido bailarina profesional. De aquella época, conservaba una colección de zapatillas de ballet y un gusto pronunciado por *El Cascanueces*, que escuchaba con frecuencia. Pero no era por nostalgia. Maddie había disfrutado de cada instante de su vida como si hubiera sido el último. Cuando era una

prometedora bailarina, lo había dejado todo para casarse con un rico empresario, un tanto excéntrico, veinte años mayor que ella. ¿Un matrimonio de conveniencia? No, en absoluto. Se había enamorado locamente de mi tío y le había seguido por todo el mundo, incluso a países remotos en los que la vida social se reducía al mínimo —aunque ella sabía deslumbrar en las reuniones sociales. Había corrido un tupido velo sobre su instinto de maternidad (¿lo había tenido realmente?) y lloró durante cuarenta y cinco días y cuarenta y cinco noches cuando Héctor falleció debido a una bala perdida en una cacería. Pero se sobrepuso. Reapareció, más bella que nunca, en los escenarios, y disfrutó de la fortuna heredada para satisfacer sus propios placeres. Casada joven y siempre fiel, tras enviudar encontró en el sexo un consuelo que nada más le pudo ofrecer. Eso sí, siempre con gran elegancia. Elegía como amantes a hombre jóvenes, pero cultos y finos. Ella misma tenía esa belleza atemporal que atraía a todos los grupos de edad. Yo deseaba en secreto poder tener el mismo aspecto a su edad, pero sin grandes esperanzas. Las dos éramos pelirrojas, ¡algo es algo!

—Ven a sentarte -me dijo desde su sillón, con los ojos entrecerrados-. Escucha esto, Lisa. ¿No es maravilloso? ¿Cómo te ha ido el día?

—Bueno, nada especial: la facultad, el bufete... Mañana, en cambio, llega el jefe de la firma de Nueva York, ya te he hablado de él. ¡El señor Dufresne quiere que me ponga una falda y tacones!

—¡Típico de Henry! —exclamó Maddie con una carcajada.

Se habían conocido en el instituto y siempre mantuvieron una sólida amistad, de ahí mi puesto de prácticas en su bufete.

—¡Pero tiene razón! -prosiguió-. Esta noche voy a salir con Antonio, coge lo que quieras de mi armario. Tenemos la misma talla, algo encontrarás....

Antonio... No pude impedir que la sangre me subiera a las mejillas. Recordé la escena en la cocina de unos días antes, en medio de la noche, cuando me encontré de frente con su firme culo, perfectamente esculpido. Estaba sirviendo dos copas de champán como Dios le trajo al mundo y en vez de salir de puntillas murmuré un precipitado *oh, ¡lo siento!*... que había tenido como consecuencia inmediata que se diera la vuelta. El estado de su erección decía mucho sobre lo que pensaba hacer después del champán. ¡Tenía mucha sed, pero me volví directa a mi habitación sin beber nada!

—¿Lisa?

—Eh, ¡sí, sí! Gracias, Maddie. ¡Que te diviertas!

¿Falda negra? ¿Violeta? ¿Por encima de la rodilla? ¿Por debajo? ¿Ajustada? ¿Amplia? ¡Oh, a la porra! Cogí lo que me pareció más simple: una falda de franela gris que me caía perfectamente sobre las caderas, ligeramente acampanada en el bajo, y una blusa blanca, simple y eficaz, para completar el conjunto. ¡Lista! Me miré satisfecha en el espejo, dando vueltas de puntillas. ¡Me faltaban los zapatos! Yo tenía un par de zapatos de salón negros, que solo me había puesto dos veces, de los que valen para todo. ¡Me sentía como si estuviera pisando de huevos, pero pensé que al señor Dufresne no apreciaría que combinara la falda de franela con las Converse! Por suerte, al día siguiente iría directamente a la oficina. No me habría hecho gracia ir a la facultad vestida así. Me metí en la cama

con un libro sobre los derechos de las sociedades privadas y me quedé profundamente dormida después del párrafo segundo, atrapada rápidamente por un sueño de penes erectos que danzaban mi alrededor. ¡Desde luego...!

El modelito especial “Un americano en París” tenía un problema: no era muy compatible con la bicicleta. Además, el viento soplaba con fuerza esa mañana. Con una mano en el manillar y la otra sujetando la falda, y los condenados zapatos que se resbalaban continuamente de los pedales, el trayecto había sido realmente penoso. Por fin divisaba el edificio del bufete: la tortura casi había terminado. Relajé los músculos, en tensión desde que había salido de casa, y me disponía a frenar cuando el tacón derecho se resbaló de nuevo. Perdí el equilibrio, tropecé contra algo y caí al suelo todo lo larga que era. La falda se me había subido hasta la cintura. Perdí el conocimiento durante... ¿un segundo? ¿Dos? Estaba un poco aturdida.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¿Está bien?

La voz, dulce y firme a la vez, atravesó la neblina en la que me encontraba. Sentí una mano que me estiraba la falda y tiraba de mi brazo para ayudarme a ponerme en pie. Parpadeé. ¿Estaba soñando o estaba despierta? La poderosa mano me levantó de la acera mientras yo intentaba recuperar mi dignidad.

—Ha sido por culpa de estos malditos zapatos –refunfuñé, recolocándome la falda y la camisa–. Me he resbalado y no le he visto...

—Ha chocado con mi coche –dijo el desconocido, visiblemente desconcertado–. La llevaré al hospital.

—No, no vale la pena, no tengo nada...

Me volví hacia él, ahora que ya me había recompuesto y... ¡Vaya! ¿De dónde salía ese hombre? Era enorme, con constitución de nadador y una mirada de jade que me atravesó hasta la médula. Me pregunté incluso si podría ver a través de mi ropa. Todo en él emanaba testosterona. Si el mismísimo Apolo hubiera descendido a la tierra, habría tenido su físico, sin duda. Me quedé sin habla.

—No quiero dejarla así, déjeme acompañarla al menos, ¿a dónde iba?

Me envolvió el aura de su cálida voz. Yo flotaba. Era una extraña sensación.

—Eh, bueno, yo de hecho venía... –me costaba poner en orden mis ideas–. Voy allí –dije, señalando a la puerta del edificio–. Trabajo aquí... en el segundo piso... (¡Pero qué tonta! ¿Para qué le decía el piso?) en Foch Inversiones...

—Qué casualidad, yo también me dirigía allí. ¿Me muestra el camino? –me dijo con una sonrisa que mostraba sus dientes, perfectamente alineados.

Siguió mis pasos de cerca y entramos al lujoso vestíbulo. Eché un vistazo a la escalera y abandoné inmediatamente la idea: sentir a este hombre detrás de mí cuando aún me temblaban las piernas, y sobre todo con esos puñeteros tacones, era una idea demasiado arriesgada. No, ni hablar. Opté por el ascensor. Abrí la puerta y dejé que el desconocido entrara y llenara la pequeña cabina de apenas dos

metros cuadrados. Pasé a su lado tratando de hacerme lo más pequeña posible para no tocarle. Fue en vano. Cada parte de mi cuerpo estaba como electrizada por la proximidad del suyo. Un calor que nunca había sentido hasta ese momento subió desde mi vagina. Sentí que se me hinchaban los labios, como si estuvieran listos a salir de mis bragas. Sentía un hormigueo en lo más profundo de mi ser. Apreté las piernas instintivamente. A pesar de que no podía verlo, estaba convencida de que una sonrisa de satisfacción se dibujaba en su hermoso rostro. Tragué saliva y apreté el botón. ¡Menos mal que solo eran dos pisos!

Sin aparentar en lo más mínimo ser consciente de mi avanzado estado de perturbación (o sin mostrarlo, en todo caso), el desconocido salió a buen paso de la cabina del ascensor, mientras yo me quedaba paralizada en el umbral de la puerta. A continuación, se dirigió al mostrador de la secretaria y dijo en un francés impecable, apenas sin acento:

—Sacha Goodman, tengo una cita con el señor Dufresne.

Sin esperar respuesta de la secretaria, se giró hacia mí y añadió:

—Seré yo quien la lleve a casa esta tarde. Está preparada a las 18 h.

Sentí que no había nada más que hablar y asentí con la cabeza como una niña pequeña. Un tímido “gracias” salió de mi boca, pero él ya había entrado en la oficina de mi jefe. Ni siquiera había esperado mi respuesta, mi aprobación. Obviamente, Sacha Goodman no estaba acostumbrado a que sus órdenes se discutieran.

2. Un encuentro (extra)ordinario

A las seis menos diez ya no tenía nada más que hacer, aparte de quitar y volver a colocar mecánicamente el clip de un contrato que ya me había releído cuatro veces. Comenzaba la quinta relectura, lanzando miradas alternativas a la puerta y al reloj. ¿Vendría a las seis en punto? No me sorprendería. Tenía toda la pinta de ser ese tipo de persona. No podía evitar que mi corazón latiera más rápido de lo normal. El día se me había hecho interminable. Apenas había salido de mi oficina: tenía demasiado miedo de encontrarme con ÉL yendo al baño. Incluso le había pedido a Carole, la secretaria, que me trajera un bocadillo de la panadería para almorzar, con la excusa de que estaba desbordada de trabajo. ¿Por qué? ¿A qué se debía mi incomodidad? Era una estupidez. El futuro socio de *mi* bufete me había ayudado a levantarme de la acera. No había razón para montar toda una historia, ¿no? De acuerdo, sí, era súper sexy. De acuerdo también que la mera idea de que su calor corporal pudiera encontrarse con el mío... Um, me estremecí. Visto el efecto que había supuesto en mí nuestro pequeño viaje en ascensor... no me atrevía a imaginar en qué estado me pondría si llegara a tocarme. Tocarme. *Oh là là*. Tocarme. Pero no, ¿estaba loca o qué? ¿Y por qué me iba a tocar? ¿A mí, la insignificante becaria desaliñada? En serio, era una locura. Sacudí la cabeza, negando la posibilidad, mientras releía el tercer apartado del segundo párrafo.

—¿Algún problema con el contrato?

Me sobresalté y dejé escapar un pequeño grito. Él estaba allí, poderoso y radiante, en el marco de la puerta. Había logrado sorprenderme.

—Eh, eh, sí... Bueno, no... En fin...

—Vamos —me dijo—, en absoluto interesado por el contenido del susodicho contrato.

Bajamos por la escalera. ¿No le habría gustado el viaje en ascensor?, pensé. Su flamante 4X4 nos esperaba sobre la acera. No tenía nada que ver con los vehículos de alquiler habituales. Iba a tirar de la manilla pero se me adelantó y me abrió la puerta. ¡Qué caballeroso! Subí y me acomodé en el asiento de cuero. Él se sentó, arrancó, se giró hacia mí y me dijo:

—Bulevar Pereire, ¿cierto?

—Sí —resoplé plácidamente.

¿Se había informado sobre mí? ¿Conocía mi dirección? ¡El presidente de uno de los mayores bufetes de abogados de Nueva York había preguntado por mí! No me atreví a decir nada. Era evidente que él tampoco tenía ganas de hablar. El trayecto transcurrió en absoluto silencio. Sin embargo, dentro del vehículo la tensión sexual era palpable... ¡Al menos para mí!

Aparcó delante del edificio de Maddie, se bajó y dio la vuelta al coche. ¿Debía bajarme? ¿Esperar a que él me abriera la puerta? Decidí esperar. Al final, me sentí decepcionada y frustrada.

El solo quería “arreglar” el incidente de la mañana. Era un hombre tremendamente bien educado, eso era todo. No había pronunciado una sola palabra ni hecho ninguna pregunta. Obviamente. ¿Qué iba a querer de mí? Y yo... Yo no había encontrado nada que decir. Pfff.. ¡Menuda película me había montado durante horas para nada!

Él abrió la puerta, yo bajé y en ese momento sucedió todo. Me empujó contra el coche. Su fuerte cuerpo me impedía hacer el más mínimo movimiento. Con el brazo izquierdo me abrazaba y con el derecho tiraba de mi cabeza hacia atrás. Sus ojos me miraban penetrantemente, pero yo le sostenía la mirada. Su boca descendió sobre la mía con una pasión increíble. Yo, sin oponer ninguna resistencia, entreabrí los labios para que nuestras lenguas se encontraran, con una fogosidad que jamás había conocido. Ya no controlaba nada, ni mi cuerpo ni mi mente, y respondía a sus besos con un desenfreno inédito. No eran besos tiernos, eran besos sensuales, qué digo: ¡Sexuales! Todos los indicadores del deseo se habían encendido en mí. Pensé que había llegado a la cúspide de la excitación cuando sentí que su mano me desabotonaba la blusa. Me agarró el pecho derecho, deslizó la fina tela del sujetador (¡qué habilidad!) y me acarició el pezón, todo ello sin parar de besarme apasionadamente. Mi pecho, completamente a la merced de su mano, se enderezó. Arquee la espalda, ofrecida a él. Después, tuve un último sobresalto, quizás de dignidad o lucidez, y no pude evitar mirar a mi alrededor. Una anciana nos miraba horrorizada. ¡Mierda! ¡Ojalá no viva en el mismo edificio, ni en la misma calle! Me puse tensa. ¿Sentiría Sacha mi repentina crispación?

Al final, fue él quien dio un paso atrás y se quedó mirándome, satisfecho.

—Y bien, señorita... ¿Élisabeth, no es así?

—Sí, pero todo el mundo me llama Lisa —contesté, completamente roja, apresurándome a recolocar mi pecho en su sitio y a abotonarme la blusa.

—Eh, de acuerdo, señorita Élisabeth: la llamaré Liz, por lo que a mí concierne. Hemos llegado a su destino —dijo, con un cierto aire indolente—. Disfrute de la tarde, nos vemos mañana.

Y, acercándose, me susurró al oído:

—Aún no he acabado con usted.

Y se fue. Allí me dejó, delante de la puerta, jadeante. Entré en el vestíbulo de mi edificio y vi mi bici. Había hecho que la me llevaran a casa durante el día.

Aquella noche fue memorable. No soñé con penes voladores esa vez... sino conmigo, desnuda, despeinada, revolcándome en un desenfrenó total, untada (ni idea con qué, ¡misterio!) y rodeada de hombres (sin sexo) que me lamían por todas partes. Había evitado el sexo hasta entonces, a pesar de que ya tenía 23 años, pero desde hacía algunos días, mis noches y mis días eran de una lujuria sin precedentes.

Por la mañana, empleé todos mi esfuerzos en evitar volver a pensar en lo que había pasado... y en tratar de olvidar mi desvergonzado comportamiento, al lado del edificio de mi tía, que sin duda no era muy propio de una chica de buena familia. Tal vez había soñado la escena. ¡Últimamente me daba por soñar unas cosas tan extrañas...!

Cuando me senté junto a Jess en la clase más aburrida de la semana, no hice ninguna alusión al bufete, ni a Sacha ni a mi accidente de bici siquiera.

Pero Jess, siempre tan intuitiva, debió sentir que algo estaba pasando y me acosó a preguntas en la pausa de las 10.

—Entonces, Lisa, este americano, ¿es un vejestorio? No creo, no. Si no, no te habrías vestido así.

Jess me desnudó con la mirada, con un “um” lleno de sobreentendidos. Tenía razón: mi *look* no se parecía en nada al de la última vez que la había visto. Había encontrado en el armario de Maddie un vestido de lana que se ajustaba totalmente a mis curvas y lo había combinado con una americana de terciopelo. No me había atrevido a volver a ponerme los tacones, pero mis bailarinas pegaban a la perfección con el vestido. Me había enrollado un largo pañuelo de satén alrededor del cuello y me había recogido el cabello en un moño alto un poco loco, del que se escapaban algunos bucles indomables.

—Espera... déjame adivinar. ¡Apuesto a que has cogido el metro esta mañana! ¡O esto se debe a un hombre o yo no me llamo Jess!

—¡Qué más da! Es por mi jefe, que me quiere ver mejor vestida... y tengo muchas ganas de que me ofrezca un puesto de trabajo. Es por eso que me estoy esforzando. ¡Si quiero que me tomen más en serio, no puedo seguir vistiéndome como una chiquilla!

—Bueno, pues menudo cambio radical, amiga. Te felicito. ¡Mírate! Con tu coco y tu cuerpo... —movía la cabeza de arriba abajo, abriendo desmesuradamente los ojos— ...perfecto, vas a revolucionar el bufete. Lisa, cariño, siento que pronto, si es que no lo has conseguido ya, ¡encontrarás un trabajo Y te enamorarás! ¿De un abogado americano, quizás?

Me eché a reír.

—¿Es eso lo que te encantaría saber, eh, cotilla? Bueno, vale, sí... no es ningún vejestorio, el americano. Todo lo contrario, en realidad. Sacha es un hombre...

—¿Sacha? ¡Joder, parece que ya sois íntimos! —me interrumpió.

—A ver, no le voy a llamar señor... Debe tener 30-35 años, ¡como mucho!

—¿35 años? ¿Y está a la cabeza de Goodman and Brown? ¡Es un hijo de papá, entonces! ¡O un genio! Espero por ti que sea lo segundo... ¿Y es guapo?

—¡Increíblemente guapo!

El timbre interrumpió nuestra discusión. De todos modos, tampoco tenía ganas de decir nada más. Las siguientes clases fueron igual de exasperantes que la primera. El reloj parecía no avanzar. Por fin, resonó el ruido estridente del último timbre y me fui pitando. Cuanto antes llegara a Foch Inversiones, mejor. Tras haber pasado por las fases de la vergüenza y la incomodidad, la emoción que me embargaba ahora era la impaciencia. Vaya, me equivoqué de metro e iba a llegar con veinte minutos de retraso (al señor Dufresne no le iba a hacer ninguna gracia), otra vez sin aliento y colorada, con el moño deshecho. Para colmo de males, se me había enganchado el vestido a un clavo medio suelto del asiento y, al levantarme de golpe (acababa de darme cuenta de que me había equivocado de línea), había rasgado el vestido y tenía una carrera en las medias! Yo, que quería dar

buena impresión y demostrar que era una adulta seria y responsable, además de una mujer elegante... Agarré el bolso de manera que tapara el roto del vestido y subí al segundo piso del bufete, intentando parecer lo más relajada posible, a pesar del retraso.

Al entrar, Carole, la secretaria, me gritó sin levantar la nariz de un expediente:

—No te preocupes, Lisa. El señor Dufresne ha salido a ver un cliente con el señor Goodman. Estarán fuera toda la tarde.

—¿Eh? Ah, gracias, Carole —contesté, tratando de controlar la enorme decepción que sentía de golpe.

Entré en mi despacho contrariada. Me había imaginado de todo, salvo que no estuviera. Al día siguiente tenía clase todo el día y, al siguiente, Sacha regresaba a los Estados Unidos. ¡Y ya está! No iba a pasar nada más. Unos besos, ¡eso era todo! No cabía duda: no le iba a volver a ver. Ni siquiera tendría la oportunidad de averiguar qué quería, de saber si esos besos habían sido una locura repentina o no, si ese hombre tenía algún efecto sobre mí o no (para esa duda, todo sea dicho, ya empezaba a tener respuesta, vista mi decepción...) ¡Evidentemente, no hablaba de sentimientos! Bueno, al menos él me había besado. ¡Su presencia me había puesto en tal estado de excitación que había mojado mis braguitas! Y ya está, eso sería todo. Un pequeño *tour* y después se marcharía. ¡Qué frustración! Estaba pasando con rabia las páginas del Código de Procedimiento Civil, a la búsqueda de un artículo de ley, cuando Carole entró sin llamar y dejó un sobre en mi mesa.

—Ah, es verdad, el señor Goodman ha dejado este sobre para ti.

Señorita Élisabeth Martineau, se leía en el sobre. La letra era uniforme, ligeramente inclinada. ¡Hasta su letra era perfecta!

Abrí la carta con ansia, febrilmente, y saqué una tarjeta en la que solo había trece palabras.

Esté lista a las 19 h en su casa. Pasaré a recogerla. SG.

Me dio un vuelco el corazón. Mi visión se volvió borrosa. Leí y releí la frase decenas de veces. ¿Era una broma? No, imposible. Nadie en el bufete sabía lo que había pasado entre nosotros el día antes. Además, era totalmente su estilo. El enigmático Sacha Goodman atacaba de nuevo. Podría haberme sentido molesta o incluso enfadada, al fin y al cabo, no estaba a su disposición. Su “invitación” carecía de modales. Yo no era su títere, una jovencita francesa que obedece sin rechistar... solo porque él fuera rico, extremadamente rico, y atractivo, extremadamente atractivo. Pero me sentía halagada. Sí, halagada. Y aliviada. Iba a volver a verle. No sabía cómo iba a acabar la historia, no sabía qué quería él, ni siquiera qué quería yo, no sabía si estaba bien o mal... pero todo mi cuerpo gritaba *sí*. Sí, sí, sí. Mi corazón latía más rápido, los escalofríos recorrían mi espalda, mis mejillas se habían sonrosado repentinamente... todo en mí delataba la inmensa excitación que me había causado el anuncio de la cita con Sacha Goodman, el hombre que besaba divinamente y que había conseguido en tan solo unos segundos con su lengua que me olvidara de mi propio nombre. No quería, no quería para nada, que nuestro cuerpo a cuerpo se limitara al placaje

que me había hecho contra el coche. Por muy intenso que hubiera sido. Tenía ganas de más, de mucho más.

A las 18 h en punto entraba en la boca del metro. No tenía un minuto que perder. Además, no tenía ni idea de qué me iba a poner. ¿A dónde me llevaría? ¿A un restaurante? Seguro. Pero, ¿de qué tipo? ¿Muy elegante? Él solo debía ir a los mejores sitios. Necesitaba un conjunto que se adaptara, adecuado para la noche pero sin parecer demasiado arreglada. Tenía que encontrar algo en el armario de Maddie, pero también necesitaba tiempo para ducharme, vestirme y maquillarme. ¡Y Sacha era de los puntuales! Y de los que no les gusta esperar. No, ¡nada de maquillaje! Yo nunca me maquillaba. No quería parecer una cualquiera. Simplemente, las “pinturas de guerra” no eran lo mío. Después de todo, a Sacha parecía no desagradarle mi aspecto natural. Eso me permitiría ganar algo de tiempo, pero aún tenía que peinarme y eso no era cuestión de cinco minutos. Mi voluminosa melena roja rizada era sin duda un arma de seducción, ¡pero tenía que controlarla!

Ups. Absorta en mis pensamientos, se me olvidó bajar en mi estación. No había duda: el metro y yo no nos llevábamos bien. Llegué corriendo a casa, saqué las llaves y entré como una tromba. Maddie no estaba en casa, estaba en el club de bridge esa tarde. Eso me evitaría tener que responder a preguntas sobre Sacha. En cambio, ella podría haberme sido de gran ayuda a la hora de escoger la ropa. Tendría que apañármelas sin sus valiosos consejos. Sin embargo, al entrar en la habitación, vi que había un vestido negro estirado sobre la cama y un par de zapatos de tacón a juego. Una nota escrita a mano por Maddie me informaba de que un mensajero había traído “eso” por la tarde y que me deseaba *una agradable velada*.

Levanté el vestido con precaución, como si se tratara de una joya. No me hizo falta buscar la etiqueta: la tela y los acabados indicaban que la prenda era de una gran casa de costura. No me lo podía creer. Se había encargado de que me trajeran un vestido a casa. Y con los zapatos a juego, nada menos.

Me puse el largo vestido y ni siquiera me sorprendió comprobar que me quedaba a la perfección. ¡Sacha Goodman no era el tipo de hombre que se equivoca de talla! Di algunos pasos con el vestido, era muy cómodo y el escote tenía la profundidad perfecta. Con los zapatos, en cambio, tuve más problemas. Los tacones altos no eran mi fuerte, quedaba confirmado. Di varias vueltas a la habitación, cada vez más segura de mí misma.

Hubiera podido gritar mi desaprobación, reivindicar mis creencias feministas, fuertemente arraigadas en mí, tratar de encontrar otro conjunto en el armario de Maddie para hacerle entender al señor Sacha Goodman que no era el tipo de chica a la se puede mandar o comprar. Pero estaba en una nube... Me había enviado un vestido a casa, lo que indicaba que había pensado en mí durante el día, y había preparado esta cita, nuestra cita. No tenía ganas de reivindicar nada. El único deseo que tenía en ese momento era el de complacerle.

Duchada, vestida y peinada, admiré el resultado en un espejo de cuerpo entero, satisfecha. Pero ya no me podía entretener más: el reloj de pared de la entrada empezó a sonar y no me hizo falta comprobar la hora para saber que tenían que ser ya las 19 horas.

Respiré profundamente antes de abrir la puerta. Él estaba allí, sublime, con un esmoquin sobre una camisa blanca, los primeros botones desabrochados. Elegante e informal a la vez. Se había peinado el pelo castaño hacia atrás. ¿Cómo hacía para tener tanta clase? Su mirada de jade me hipnotizó, me quedé sin recursos y no pude más que murmurar un débil “Buenas tardes”.

—Buenas tardes, Liz —me dijo con su cálida voz—. Está usted deslumbrante. Tenga, por lo que sé las tardes parisinas aún son frescas en primavera.

Me puso una estola sobre los hombros mientras me dirigía al ascensor, cogiéndome por la cintura. Abajo no nos esperaba el 4X4, sino un coche con chófer. ¿Haría siempre las cosas tan a lo grande cuando le gustaba una chica? Porque yo le gustaba, ¿no?

Nos acomodamos en la parte de atrás y el coche arrancó. Yo intentaba mostrar un cierto aplomo, mirando las calles de París desfilan a través de la ventanilla. Hubiera querido hablar, entablar una conversación, pero no encontraba nada inteligente que decir. ¿De nuevo iba a volver a transcurrir el trayecto sin que intercambiáramos una sola palabra? Se resumía a eso, entonces: la atracción que sentíamos (evidente y casi palpable), era solo una atracción física. ¡No le importaba conocerme a fondo! ¿Tendría acaso ganas de oír el sonido de mi voz?

—¿Le está gustando el paseo, Liz?

Ciertamente, siempre sabía cómo pillarme desprevenida. ¿O es que acaso leía los pensamientos?

—Sí, me encanta París por la tarde, lejos de la turbulencia del día. El público cambia. Los trajes de chaqueta ceden su lugar a los enamorados de la noche. Adoro este ambiente. Los edificios iluminados. El ajetreo en los restaurantes. Las colas de espera a la puerta de los teatros. Sí, me encanta —dije, girando la cabeza para mirarle a la cara.

—A mí también —respondió él, sonriendo.

Yo sonreía con él, completamente relajada ya. Además de todo lo demás, realmente parecía ser tan buena persona... Me moría de ganas de acurrucarme en su brazos, de que me acariciara el pelo, de oler el perfume de su cuello... En resumen, de hacer todo lo que hacen los enamorados. Pero nosotros no estábamos enamorados, ¿o sí?

Habíamos llegado a los muelles. Nos paramos y Sacha me abrió la puerta, aunque esta vez no me empujó contra el coche. Me ofreció su brazo (era todo un caballero) y me llevó a un barco amarrado en el muelle. ¿Un barco? Me esperaba cualquier cosa menos eso. Me dejó pasar delante suyo para cruzar el pontón. Afortunadamente, mi vestido solo se ajustaba hasta la mitad de los muslos, por lo que pude subir el escalón de la entrada. Un asistente o un mayordomo, no sabría decir qué era, me tendió la mano para ayudarme a posar un pie sobre la lujosa cubierta de madera de teca de la pequeña embarcación. Sacha se acercó, atravesamos la cubierta y descendimos a un camarote acristalado por ambos lados. Dentro había muchas mesas, pero solo una estaba puesta. Mantelería blanca, cubiertos de plata, copas de cristal... el lujo formaba parte de cada detalle de la puesta en escena. Era el ejemplo perfecto de una cena romántica, con luces tenues, velas y un ramo de rosas

sobre la mesa. Desde luego, Sacha no parecía ser de los que invitan a una pizzería. Nos sirvieron langosta perfectamente cocinada, ternera trufada con verduras de temporada y un soufflé helado con fresas excepcionalmente cremoso, todo ello regado con un champán exquisito. Mientras degustábamos estos manjares, el barco navegaba sobre el Sena y yo... yo navegaba al país de los cuentos de hadas, un país donde el príncipe azul tenía los ojos de jade y la princesa una cabellera de fuego.

Tras el postre, subimos a la cubierta de madera de teca. Hacía frío, pero yo tenía calor (quizás por el champán) y rechacé la chaqueta que me ofrecía mi anfitrión. Ya habíamos visto desfilar antes nosotros algunos de los más bellos monumentos de París: el Museo del Louvre, el Grand Palais, la Torre Eiffel... y nos acercábamos a la imponente Notre Dame. Sacha insistió en que le hiciera de guía, pero yo estaba segura de que él ya conocía París tanto como yo o casi. Sin embargo, ya que yo tenía amplios conocimientos sobre la historia de la ciudad que tanto adoraba, me lancé en una diatriba apasionada sobre los momentos más sombríos de París, adornando mi relato con anécdotas divertidas. Le hablaba de mis barrios favoritos, como Ile Saint Louis; de los lugares más turísticos, que no me gustaban... Sentía la mirada de Sacha cada vez más intensa sobre mí. Su mano recorría mi espalda lentamente, dejando una oleada de escalofríos a su paso. De repente, se excusó y fue a decirle algo al mayordomo. Unos minutos más tarde, el barco se paró y descendimos. Estábamos en pleno corazón del barrio de Ile Saint Louis

—Enséñeme su barrio favorito... ¡Quiero empaparme de todo lo que ama!

¡Qué capacidad tenía ese hombre de desarmarme!

Me tomó de la mano y subimos un viejo escalón de piedra que daba a una callejuela. El barrio estaba casi desierto y apenas iluminado. Parecía un escenario de película. Habíamos dejado de hablar. Caminábamos despacio, disfrutando del momento presente. Su mano, fuerte y cálida, envolvía la mía. De repente, empezó a llover. La lluvia, al principio fina, en seguida se convirtió en una gran tormenta. Estábamos empezando a empaparnos, así que corrimos a la búsqueda de un refugio... que se materializó rápidamente en forma de un soportal. Sofocados por la carrera, entramos al oscuro peristilo. Antes de tener tiempo a recuperar el aliento, dos manos me cogieron la cara. Apenas distinguía la suya, pero sentía perfectamente sus labios y sus dientes morder mi labio inferior, mi labio superior después y, ya por fin, besar toda mi boca... para apartarse acto seguido. Estaba completamente acorralada en una esquina del soportal, dispuesta a todos sus deseos. Él me cubrió el rostro de besos: los ojos, la frente, la barbilla... mientras yo, por mi parte, intentaba besar cualquier parte de él a mi alcance. Después, se aferró a mí con una fuerza tal que me obligó a recular un poco en la esquina. Sentí su erección pegada a la parte inferior de mi vientre, atravesando la tela de mi vestido. Casi podía sentir el calor de su sexo, de tan caliente como estaba. Mi corazón había descendido hasta mi vagina y palpitaba a toda velocidad.

Sus dedos se deslizaron expertos por la abertura de mi vestido y encontraron rápidamente el camino a mis muslos. No se quedaron allí, sino que siguieron avanzando hasta mis glúteos. Instintivamente, subí una pierna y la coloqué alrededor de su cintura, lo que le permitía agarrarme el culo a manos llenas. Sus dedos exploraron bajo de la tela de mi ropa interior, bordearon la curva de

mis caderas y hurgaron después en mis partes íntimas, hasta encontrar la entrada a mi cueva, muy lubricada. Incliné la cabeza hacia atrás con un gemido, ofreciéndole mi cuello para que lo besara. Me agarró del pelo con su mano libre, mordisqueó el lóbulo de mi oreja y atrajo mi cabeza hacia él. Yo volví a gemir, sus besos se dirigían ahora a mi boca. Nuestras lenguas se reencontraron mientras su dedo acariciaba mi clítoris, duro e hinchado. Restregaba su polla, igualmente dura, contra mi muslo, casi haciéndome daño. Yo gemía, suplicándole mentalmente que me tomara en ese mismo momento y lugar, cuando, súbitamente, su dedo se apartó de mi clítoris y su boca se alejó de la mía.

—Me muero de ganas de follar con usted, señorita Liz Martineau. Pero no ahora. No aquí.

Me cogió de la mano y me llevó al barco.

3. Un hombre fuera de lo común

Estaba temblando cuando dimos la vuelta en dirección al barco. Sin embargo, en lugar de volver a coger la embarcación, nos esperaba el coche con el chófer sobre el muelle. ¿Cómo era posible que lo hubiera planeado todo hasta ese punto? Sacha me dio su chaqueta, mucho menos mojada que mi estola, y esa vez la acepté. En el asiento trasero, me atrajo hacia él y me acarició suavemente el pelo durante todo el trayecto. Este gesto contrastaba enormemente con el vigor sexual del que había hecho gala en el soportal, tan solo unos minutos antes. Estaba desconcertada, pero solo quería dejarme llevar por ese hombre increíble. Cuando llegamos a una de las zonas más exclusivas de París y el coche aparcó delante de un hotel de lujo, ni siquiera le pregunté por qué no me acompañaba a casa. No tenía ninguna gana de volver a mi casa.

La habitación en la que se alojaba Sacha no era propiamente una habitación. Era más bien un pequeño apartamento, con una sala de estar. Madre mía, ¡era aún más rico de lo que pensaba! O quizás estaba muy apegado a su comodidad... Todo transmitía elegancia: los materiales nobles, la delicadeza de los tejidos y las cortinas, la iluminación perfectamente elegida.... Una cesta de frutas exóticas presidía la mesa de café. Al lado, una botella de champán se enfriaba en un cubo de plata.

—El cuarto de baño está al lado. Dúchate, estás aterida de frío (¡por fin me hablaba de tú!). Encontrarás un albornoz sobre la cama. Voy a darle tu ropa al conserje para que se ocupe de ella.

Obedecí y pasé a la otra habitación. Sobre la cama me esperaba un albornoz rosa, con las zapatillas a juego. ¡Era como estar en un spa! Él sabía, por tanto, que yo iba a venir a su hotel, ¿o es que acaso siempre dejaba un albornoz sobre la cama por si llevaba a alguien? No, eso no le pegaba. Sabía que yo iba a venir. Él lo premeditaba, anticipaba y organizaba todo. Pensaba en todos los detalles. ¿Y yo, entonces? ¿Tan predecible era? ¿Se creía que me tenía comiendo en la palma de su mano? Um... ¡la verdad es que le comería hasta la mano! El deseo que provocaba ese hombre en mí en aquel momento lo arrasaba todo a su paso, incluyendo mi mente. Me desnudé y entré en la ducha. El agua caliente se deslizaba sobre mis hombros y por toda mi espalda. Le saqué espuma al jabón del hotel y me dispuse a ducharme tranquilamente. Repasaba cada parte de mi cuerpo que Sacha había explorado, tratando de revivir las sensaciones de un rato antes. Me lavé el pelo, ya que era la única forma de que tuviera un aspecto decente después de la lluvia.

Cuando salí del cuarto de baño, envuelta en mi albornoz, me di cuenta de que todas mis cosas habían desaparecido, incluyendo mi ropa interior. Ajusté un poco más el cinturón del albornoz y volví a la sala de estar.

Sacha estaba sentado en un sillón, él también se había duchado y llevaba un albornoz (¿había otro cuarto de baño?). Había bajado la luz y la habitación estaba en penumbra. Casi podía sentir el sabor de su piel limpia en los labios. Había servido dos copas de champán. Me saludó con una sonrisa y me ofreció el sillón al lado del suyo. Sin darme tiempo a dar un sorbo, me preguntó:

—¿Eres virgen, Liz?

—¡No! —exclamé, casi horrorizada, aunque sin tener claro si porque se hubiera atrevido a preguntármelo o porque se hubiera creído que me podía desvirgar—. Yo... yo... yo... no he tenido muchos ligues, quiero decir, novios, pero eh... no, no... no soy... eh... no soy... eh...

—¡Virgen! —me interrumpió, riéndose—. ¡No es una palabrota! ¿Con cuántos hombres te has acostado?

—Pero... ¿qué son todas estas preguntas, un interrogatorio o qué?

Me puse colorada, profundamente ofendida. ¿A qué estaba jugando?

—Escucha, Liz: no soy un hombre común. Me gustas muchísimo, pero necesito saber exactamente quién eres antes de ir más lejos. Muy pronto descubrirás, si decides quedarte, que la relación que te propongo es un poco... especial. No te ofendas. Ni siquiera yo sé realmente a dónde quiero llegar...

¿De qué iba? ¿Intentaba marear la perdiz o qué?

—Yo también podría necesitar saber con cuántas mujeres te... eh... te... ¡has acostado!

—repliqué, desafiante.

—¿Quieres saberlo?

La idea de imaginar a otra mujer disfrutando de su cuerpo despertó mis celos y me hizo cambiar de opinión:

—¡No!

—¿Alguna vez has hecho una felación? —continuó, obviamente poco dispuesto a abandonar su lascivo interrogatorio. ¿Has tragado semen? ¿Has practicado el sexo anal? ¿Has estado con más de un hombre a la vez? ¿Utilizas juguetes sexuales? ¿Te corres con facilidad?

Se merecía una lección. Mi rostro se volvió rojo carmesí. No daba crédito y no era capaz de pronunciar una sola palabra. ¿Se había creído que yo era una cándida palomita inocente? Le iba a demostrar que no. Posé mi copa, me levanté y me coloqué frente a él, con las piernas separadas. Desaté el cinturón de mi albornoz y lo dejé caer al suelo. Después, me senté a horcajadas sobre él, contoneándome exageradamente. Él no ofreció ninguna resistencia y no pareció sorprenderse siquiera por esta repentina toma de iniciativa; incluso me puso las manos sobre el culo, a modo de asentimiento. Besé sus párpados, sus labios, su frente, mientras sus manos subían a lo largo de mi espalda. Lamí su piel limpia y suave, hubiera querido lavar todo su cuerpo solo con mi lengua. Descendí por su cuello, le besé el pecho y le lamí los pezones. Sentía cómo se abandonaba al placer, cómo se dejaba hacer. Yo lamía y besaba todo lo que encontraba a mi paso: su dulce piel, sus definidos músculos... Él me atraía hacia él con tanta fuerza como dulzura. Mis manos preparaban la llegada de mi boca, con ellas descendían cada vez más. Me alcé, busqué su boca, le besé con fogosidad y me puse a cuatro patas ante él. Lamí su vientre y mi lengua empezó a describir círculos a lo largo de su pubis. Le cogí los testículos con una mano y apreté lo suficientemente fuerte como para sentir que se revolvía en el sillón. Con la otra mano le cogí el sexo, ya muy firme. Podía sentir cómo se agrandaba su miembro a medida que yo movía mi mano, de arriba abajo, de abajo arriba. Mi

lengua partió al ataque de su polla, subiendo y bajando, jugando con el prepucio y tragándome de golpe todo el objeto de mi deseo. Sacha me cogió la cabeza para marcar el ritmo, no podía evitar querer tomar el control... Yo estaba consagrada por completo a su placer pero sentía, no obstante, una gran excitación. Mis idas y venidas se aceleraron hasta la explosión final, que recibí en la boca. Tragué sin pensar y no sentí ningún asco, era la primera vez que lo hacía. Me quedé en el suelo durante unos instantes y después Sacha me levantó, me soltó el pelo y me abrazó con tanta dulzura que me sentí más fuerte que nunca. Me quedé en sus brazos durante un rato, mientras me acariciaba los hombros. Después, me soltó, me miró fijamente los ojos y abrió la boca para hablar. Yo me adelanté:

—Si he hecho una felación, sí. Si he tragado esperma, sí.

—¡Pero aún no sé si te corres fácilmente! —concluyó, riéndose—. Te dejo hasta mañana para responder al resto de preguntas. Es tarde, vete a acostarte.

—¿Pero y tú? ¿No duermes?

—No te preocupes por mí —me contestó dulcemente—. Y descansa, necesitas dormir.

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, me llevó algunos segundos darme cuenta de que estaba en una habitación —perdón, una suite— de un hotel de lujo. Tanteé mecánicamente el lado vacío de la cama a mi lado, no estaba deshecho. Sacha no había dormido allí, obviamente. Miré el reloj: las 8:00. Tenía tiempo, mi primera clase empezaba a las 11. Agucé el oído y creí percibir fragmentos de una conversación desde el otro lado de la puerta. Él estaba al teléfono, ya estaba trabajando. Me estiré y decidí que lo primero que debía hacer, dadas las circunstancias, era lavarme los dientes y ducharme. Salí de la cama. Había dormido desnuda por primera vez, ya que no tenía pijama, y tenía que admitir que era muy agradable sentir las sábanas sobre la piel. ¡La noche anterior había estado llena de primeras veces!

En el cuarto de baño encontré todos los artículos de aseo que podría necesitar una mujer como yo, sin equipaje: minicepillo y pasta de dientes, varias botellas de jabones y lociones, algodón, lima de uñas, etc. Estaba estudiando más en profundidad el contenido de todos estos accesorios de belleza, cepillándome vigorosamente los dientes, cuando encontré un gorro de ducha. ¡No pude evitar reírme! ¡Un gorro de ducha, qué cursi! ¿Quién seguía usando eso? Pero la verdad es que no tenía ninguna goma con la que atarme el pelo y mi melena no iba a recibir bien un segundo lavado en menos de 12 horas. Al final, decidí usar el gorro de ducha. ¡Que no me viera nadie! Me lo puse y entré en la enorme cabina de la ducha italiana. El agua salió de inmediato a la temperatura adecuada del cabezal de ducha en al techo y me puse a cantar.

Strangers in the night,

Exchanging glances

Wondering in the night,

What were the chances

We'd be sharing love

Before the night was through

(Extraños en la noche,

intercambiando miradas furtivas,
preguntándose en la noche
qué probabilidad tenían
de compartir su amor
antes de que acabara la noche)

¿Era Sacha el que me inspiraba a cantar a Sinatra? ¿O sería el gorro de baño el que me hacía vivir un “Regreso al pasado”, versión años 60? Me hubiera gustado ser una actriz de cine, adorada, adulada por su público... no, me bastaba una sola persona en la audiencia. Hubiera querido que Sacha me besara los pies, las manos, me admirara y me hiciera bailar un vals. ¿Éramos extraños? Sí y no. ¿Compartíamos el amor? Habría sido incapaz de responder a eso.

*Strangers in the night,
Exchanging glances
Wondering in the night,
What were the chances
We'd be sharing love
Before the night was through*

Cantaba cada vez más fuerte, mi voz cubría el ruido del agua.

*Something in your eyes was so inviting
Something in your smile was so exciting
Something in my heart told me I must have you*

De pronto, la cálida voz de Sacha se mezcló con la mía. No le había oído entrar en el cuarto de baño ni acercarse a mí en la ducha. No me sobresalté, adormecida por el calor del agua. Sus manos se posaron sobre mis hombros y me besó la nuca. No me di la vuelta, continué, como si nada, enjabonándome los brazos.

Él retomó la canción:

*Something in your eyes was so inviting
Something in your smile was so exciting
Something in my heart told me I must have you*

(Algo en tus ojos era tan atrayente
Algo en tu sonrisa era tan excitante
Algo en mi corazón me dijo que debía poseerte)

Era la primera vez que le oía hablar en inglés, su lengua materna. Le hacía aún más irresistible. Cogió el jabón, me lavó los hombros, la espalda, bajó hasta mi culo. Su mano se hundió en la hendidura entre mis nalgas y tocó mi ano... ¡Nunca nadie me había tocado allí! Una lástima, porque era una zona llena de sorpresas. Me arqueé hacia fuera casi instintivamente, para que pudiera acariciarme en profundidad. Sentí algo duro contra mi cuerpo. Estaba empalmado, era indiscutible.

—*Something in your smile was so exciting*, tu culo también es muy excitante —me susurró a la oreja.

Me dio la vuelta, me quitó el gorro de ducha y mi pelo cayó en cascada sobre mis hombros. Él estaba empalmado, pero todo en mí estaba también erecto, duro e hinchado: mis pechos, mis pezones, mi clítoris.

Todo mi cuerpo no era ya más que una fuente de placer a punto de explotar. Me pegué a la pared de la ducha, el agua seguía corriendo, pero solo caía sobre Sacha. Tomó cada uno de mis pechos en su boca, los lamió y los mordisqueó. Después, bajó por mi cuerpo. El agua corría por su cuello y formaba un surco que descendía como un río a lo largo de sus firmes músculos. Cerré los ojos para apreciar mejor las sensaciones que me invadían por todos lados. Un escalofrío muy leve acompañaba cada beso de Sacha sobre mi piel, su boca imprimía su huella en cada centímetro de mi ser, lamiendo, chupando, bebiendo el agua que goteaba de los pliegues de mi anatomía. Según iba bajando hacia mis partes íntimas, más abría yo las piernas, lista para recibir a su lengua. Cuando llegó al monte de Venus, colocó una de mis piernas sobre su hombro y metió la lengua entre mis labios. De una manera casi metódica, exploró cada rincón con su lengua y luego subió hasta mi clítoris.

Ya no podía más. Le quería dentro de mí ya mismo. Mis gemidos y la curvatura de la parte inferior de mi cuerpo para acercar mi sexo al suyo deberían ser indicaciones suficientes. Sasha se puso de pie sin dejar de darme mordisquitos.

Apenas unos segundos después, observé que se había puesto un condón. Pero, ¿cuándo y cómo lo había hecho? Era increíble.

Me tiró del pelo hacia atrás, como había hecho la primera vez contra el coche, y me besó de una forma casi salvaje. Luego me levantó del suelo como si fuera una pluma con sus poderosos brazos. Pasé mis piernas alrededor de su cintura y entró en mí con tal fuerza que me quedé sin respiración. Grité. Entre el dolor y el placer, mi vagina parecía a punto de explotar e irradiaba hasta lo más profundo de mis entrañas. Perdía el aliento cada vez que me penetraba y solo podía hundir las uñas en sus hombros. El placer se apoderó de mí en oleadas cada vez más frecuentes, al poco ya no me podía controlar y disfruté dejando escapar un largo rugido gutural. Jamás me había sentido así. Me había quedado sin fuerzas, estaba agotada, exhausta. Sacha me posó suavemente en el suelo. Me temblaban las piernas, pero me las arreglé para permanecer de pie. Cogió el jabón otra vez y me lavó de nuevo. Yo era un muñeco de trapo, completamente a su merced, podía hacer conmigo lo que quisiera. Me secó, me puso el albornoz y me llevó a la cama.

Nos quedamos tumbados uno al lado del otro, yo bocarriba y el de costado. Él me acariciaba el pelo, en absoluto silencio. Yo no pensaba en otra cosa que no fuera él, su cuerpo, yo, mi cuerpo, su calor, su presencia. No me importaba nada más.

De repente, acariciando uno de los mechones de mi pelo, dijo:

—Se está haciendo tarde, no deberías llegar con retraso a tu clase de las 11 (¿había pedido mi

horario en la facultad?). Vístete, he hecho que te traigan ropa. Reúnete conmigo abajo, en el salón al lado de la recepción, vamos a desayunar.

No tuve tiempo de decir ni mu, ya había desaparecido. ¿Cómo podía estar tan presente, tan cerca un momento y volverse luego tan distante al momento siguiente? Pasaba del calor al frío sin que pudiera prepararme. Además, no conseguía prever ninguna de sus reacciones. Todo en él era sorpresa, asombro, novedad. ¡Qué tipo, qué carácter, qué hombre tan diferente! Mis sentimientos era tan intensos que no podía analizarlos. Estaba bajo su hechizo, eso seguro. Él era atento, culto, divertido, interesante, guapo como un dios del Olimpo, rico (bueno, vale, eso era más accesorio)... ¡y una bestia sexual! Me había causado más sensaciones en dos días que todos mis novios y sueños eróticos juntos. Pero algo en mí, algo imperceptible, no me dejaba estar completamente tranquila. Se encendieron las lucecitas rojas de alarma, pero me apresuré a apagarlas. Tenía que coger el avión de vuelta a Nueva York... Eso era una enorme luz roja, ¿no? Pero aparté esa idea de mi cabeza inmediatamente. Ese momento aún no había llegado. Aún estaba aquí, en carne y hueso, y me estaba esperando para desayunar.

¿Había hecho que me trajeran ropa? ¡Obviamente, una vez más había pensado en todo! No me iba a volver a poner el vestido de la noche anterior para ir a la facultad...

Entré en la sala de estar de la suite, vacía, y cogí la ropa colocada sobre un sillón: vaqueros, una camiseta lencera, un jersey de angora verde ópalo y ropa interior de satén. Ni siquiera quería saber de dónde la había sacado o quién había ido a comprarla. No valía la pena. Además, en realidad me daba igual. Toqué el jersey, era de una suavidad increíble. El conjunto de braguitas y sujetador era perfecto, ni demasiado sexy ni demasiado “abuela”.

En cambio, no hay zapatos, pensé mientras me vestía. ¡No le pegaba que se le hubieran olvidado! Me puse los zapatos de la noche anterior y salí con paso vacilante.

Enseguida encontré el salón en la que se servía el desayuno. Los camareros estaban muy atareados yendo de un lado a otro. Parecía un ballet de cafeteras, teteras y platos de colores. Sin embargo, solo una docena de mesas estaban ocupadas. Inmediatamente vi a Sacha –mi Sacha– en el fondo de la sala. Estaba de espaldas, leyendo un periódico.

Me dirigí a la mesa y al llegar ¡me retorcí el tobillo! Me agarré al respaldo de su silla.

—Ups, ¡los tacones no son lo mío! —dije riéndome mientras tomaba asiento.

—Me encantan las mujeres con tacones, no se les debería permitir caminar con otra cosa en los pies —contestó sin levantar si quisiera la cabeza del periódico.

¿Por qué era tan duro de repente? Parecía molesto. Si quería que me pusiera tacones, me pondría tacones, si eso le hacía feliz. Me encogí de hombros. Llegó un camarero y me sirvió un té. ¿Por qué no me había propuesto café? Misterio. El señor Sacha, el maniático, ataca de nuevo, organizándolo todo a su antojo. Cogí una tostada con aire indiferente y comencé a extender mantequilla. Para hacerle ver que su actitud era bastante maleducada, exclamé:

—¿Hay buenas noticias en el mundo esta mañana? ¿La bolsa? ¿El tiempo? ¿El horóscopo?

Levantó la cabeza, divertido. Ya no parecía molesto en absoluto.

—Ese verde te queda muy bien, eres muy guapa.

—¡Ah! Gracias. Y gracias por la ropa. Te la devolveré, por descontado.

Una vez más, frunció el ceño. Tomó un sorbo de café y plantó sus ojos de jade en los míos. Uf, ahora sí que se había puesto serio.

—Élizabeth (vaya, ya no me llamaba *Liz*... no era una buena señal), regreso mañana a Nueva York, lo sabes...

¡Cómo no, *voilà!* Era de esperar, demasiado bonito para ser verdad. Ya me lo imaginaba: ha estado bien, pero no es posible, mejor dejar las cosas así, *bla, bla, bla*... Yo removía nerviosa mi té. Menuda idiota estaba hecha. ¡El príncipe azul! ¿Pero qué me había creído? Solo había sido para él una aventura de una noche. La pequeña parisina dócil, se le hace el truco de la gran cita y listo, ¡cae seguro! Intenté parecer lo más digna posible, pero me entró el imperioso deseo de salir corriendo y desaparecer. No tenía ninguna gana de escuchar lo que me tenía que decir ese aprovechado. Solo me había deslumbrado para follarme mejor.

—¿Élizabeth? ¿Liz? No le has puesto azúcar al té, deja de removerlo de esa manera.

—Ah, sí, perdón, ¿decías? Mi falsa indiferencia no debía ser muy convincente.

—Sé que puede sonar mal, pero te prometo que no había nada premeditado (sí, claro, ¡seguro!)... Me gustas mucho... mucho (recalcó la palabra). Eres hermosa, inteligente, divertida (ahora vienen los violines)... pero (ah, ya hemos llegado al *pero*, no le ha faltado tiempo) ¡No soy para ti! Yo no soy un buen tipo, sabes (no hacía falta que me lo dijera, eso lo había adivinado yo solita)... Te haría daño (como si no me lo estuviera haciendo ya). Te mereces algo mejor. Elizabeth (casi susurraba), mírame, dime que soy un hijo de puta, si eso te consuela. ¡Di algo o te follo ahora mismo encima de esta mesa! (ahora había subido el volumen y todas las cabezas se habían dado la vuelta para mirarnos).

Me puse en pie de un salto.

—Ha sido un placer conocerle, señor Goodman, su compañía me ha resultado muy grata. Por desgracia, no creo que volvamos a encontrarnos, por lo que le deseo que tenga mucho éxito en Goodman & Brown. Adiós.

Y me dirigí con paso inseguro hacia la salida. Por poco pierdo el equilibrio, pero no importaba, al menos no me veía la cara. Estaba llorando de rabia.

Me fui directa a casa, no me veía capaz de ir a la facultad, de ver Jess ni de asistir a las clases. Lloré toda la tarde en mi cama hasta quedarme dormida, exhausta. Cuando me desperté, por la noche, Maddie estaba allí. No me preguntó nada, ni dónde había pasado la noche ni cuál era la causa de mis lágrimas. Había tenido una vida amorosa lo suficientemente rica como para entender sin necesidad

de explicaciones. Me preparó un baño, me hizo un té y escuchamos *El Cascanueces* toda la noche.

Mi corazón estaba roto en pedazos, pero todavía tenía la suficiente dignidad para sobreponerme y enfrentarme al mundo exterior. Hice un buen papel durante los días siguientes, tanto en la facultad como en Foch Inversiones, y retomé el curso de mi (triste) vida. Por las noches, en cambio, el bello rostro de Sacha Goodman regresaba para atormentarme. A veces soñaba que le lapidaba y otras, que le ofrecía mi cuerpo.

Una semana después del desastroso desayuno, el señor Dufresne pidió verme. ¡Por fin! ¿Me ofrecería un puesto de trabajo? Llamé a la puerta y entré en su inmensa oficina, totalmente amueblada al estilo Louis Philippe. Me pidió que me sentara y me soltó, sin rodeos:

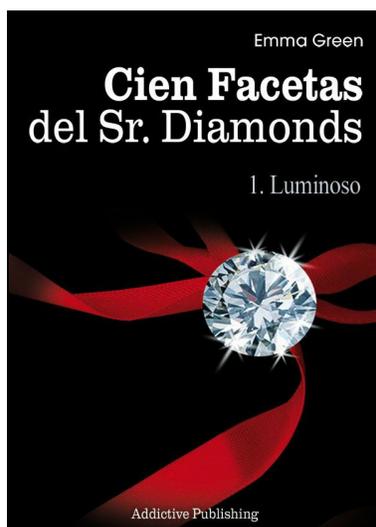
—Élisabeth, querida, las negociaciones con el bufete Goodman & Brown están a punto de lograr una asociación que, sin duda, será muy fructífera para Foch Inversiones. Tengo que ir a Nueva York para tratar los restantes puntos de nuestro acuerdo. Sé que solo eres una becaria *—por ahora*, añadió—pero, por alguna razón que desconozco, Sacha Goodman insiste en que formes parte del viaje. Así que haga las maletas, nos vamos pasado mañana.

Continuará... ¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Cien Facetas del Sr. Diamonds - vol. 1 Luminoso

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



Índice

Cover	2
1. Una chica normal	6
2. Un encuentro (extra)ordinario	13
3. Un hombre fuera de lo común	21